

central, el Mar Mediterráneo, nos ofrece la posibilidad de repensar nuestras prácticas relacionales, en un mundo dominado por la tecnología comunicacional.

Mg.Laura I. Zaccaria
Facultad de Filosofía y Letras. UNCuyo

Marco Antonio León León, Estudios sobre “La capital del sur” ciudad y sociedad en Concepción 1835-1930. Concepción, Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, 2015. I.S.B.N. 978-956-9657-01-6

El texto de Marco León León, constituye una contribución a la historicidad de “la perla del Biobío” y al matiz historiográfico que se plantean los estudios regionales, buscando más que aportar una historia detallista y narrativa de la urbe, complementar estudios previos aportándonos una reflexión de las transformaciones sociales, culturales, administrativas y políticas que se vivieron en la ciudad estudiada para finales del siglo XIX y principios del XX. Esta obra es parte de los resultados un proyecto FONDECYT titulado: Modelando conductas, construyendo ciudadanías. Modernización, control social y hegemonías en la provincia de Concepción (1850-1930) realizado en conjunto con el Dr. Mauricio Rojas. En adelante, reseñaremos algunos de los aportes historiográficos, enfoques teórico-metodológicos e ideas principales con el fin de invitar a la lectura de un texto especializado, pero no menos disponible para el público general ajeno a la disciplina histórica que pretenda ilustrarse, reflexionar y concientizarse sobre el pasado de Concepción.

El libro se divide en dos macro apartados: Experiencias y vivencias de la modernización en la ciudad de Concepción (1835-1900) y Estado, ciudadanía y pobreza en Concepción (1890-1930). En ambos el autor aborda tanto las discusiones historiográficas como la síntesis e interpretación desde las fuentes documentales e impresas de la época: Intendencia, ministerio del Interior, ministerio de justicia, Cabildo de Concepción, Junta de Beneficencia, planimetría de Concepción y abundante prensa penquista.

En cuanto al enfoque ambos estudios pueden situarse dentro de una historia social de la ciudad, pero el autor también pretende acercarse a la línea de la antropología social histórica de la urbanización penquista, entendiendo que la realidad social es una construcción histórica de actores tanto colectivos como individuales. En ambos trabajos se busca indagar las diferentes formas que adquirió el proceso de modernización en la ciudad estudiada, en el primero desde una perspectiva más cotidiana (racionalización de la urbe y sus servicios urbanos) y en el segundo abordando las relaciones entre Estado y pobreza. Una idea que en general puede visualizarse como la hipótesis que se sostiene en ambos es que dicho proceso modernizador tuvo un carácter multidimensional, ya que no solo conllevó la creación de nuevas formas institucionales y sus consiguientes prácticas, sino también experiencias, modos de vida y formas de malestar individual y colectivo.

En el primer apartado se hace notar el objetivo de problematizar un proceso que afectó de manera transversal a la sociedad del Concepción de finales del siglo XIX: la modernización entendida no solo como un conjunto de “deberes ser” que formaron un proyecto que las elites buscaron imponer al resto de la población en su admiración al mundo europeo, sino como indicamos más

arriba en su sentido multidimensional ofreciéndonos un sentido amplio pero a la vez concreto considerando, por un lado, las ideas y discursos (“deberes ser”), por otro lado, las vivencias concretas de actores como las elites, sectores medios y sectores populares. Nos introduce al debate conceptual sobre la modernidad que han dado autores como Marshall Berman, Jürgen Habermas y Alain Touraine, dando a entender al lector, la polisemia que ha adquirido tal concepto. Sin embargo, León opta por integrar la idea de modernización tanto en sus transformaciones como en sus vivencias lo que le permite vincular fenómenos como la migración, el crecimiento poblaciones, el desarrollo urbano de la ciudad y la integración de la urbe al sistema capitalista mercantil. El autor sostiene desde el plano de las hipótesis que estas vivencias se experimentaron de manera diferenciada en los distintos sectores de la sociedad. Metodológicamente su propuesta es más cualitativa y se centra en la historicidad de ciertos conceptos como ciudad, sociedad, identidad, progreso, elites y sectores populares; concentrándose en el discursos de la prensa (entendiendo su mensaje persuasivo y constructor de realidades) y el discurso institucional, buscando en éste ultimo la presencia de las voces populares que apelan a la autoridad desde su condición de pobreza.

El autor sitúa a la autoridad local y a las elites (terratenientes y comerciantes) como principales promotores de la modernización, quienes aprovechan la coyuntura del terremoto de 1835 para enarbolar una reconstrucción de la ciudad más racionalizada y moderna, acercándose a una temprana idea de progreso que luego reafirmará la filosofía positivista. Marco León es claro al indicar que la reconstrucción y conformación del llamado “centro de las elites” por su heroseamiento y distinción de la periferia, constituyó un proceso dinámico pero a la vez racionalizado desde arriba, ello lo sostiene a partir de lo aportado por los agrimensores, la planimetría de la época y el discurso institucional. De esta forma el texto sostiene la existencia de la urbanización desigual que conllevaron estas tempranas ideas de progreso. Por un lado, se potenciaba las cuadras cercanas a la plaza de armas en términos arquitectónicos y estéticos; allí estaban las casas de la elite propietaria y los vecinos ciudadanos de Concepción, dicho espacio se buscó proteger y suplir con el sistema de policía local, serenos, alumbrado público y sistema de transporte público; éstos vistos como manifestaciones del progreso y elementos de diferenciación social que se establecían en un cuadrilátero (con límites en el cerro caracol, calle Las Heras, Lautaro y Arturo Prat) que fue cambiando con el tiempo a medida se acercaba el siglo XX. Por otro lado, se dejaba a los sectores alejados del centro en la periferia, una zona en con falta de seguridad, alumbrado público y transporte en donde habitaban los sectores populares ajenos al interés de la elites hasta finales de la centuria decimonónica. De esta forma León nos indica que la incorporación de los servicios urbanos estuvo basada en las diferencias entre la ciudad civilizada (centro de las elites) y la ciudad de la barbarie (periferia del mundo popular), esta última desde la Intendencia se entendía que debía integrarse al proyecto, no obstante desde la renovación de la moral centrada en los valores de trabajo, ahorro y familia que contribuyeran a la productividad y el orden que se buscaba imponer.

El autor también nos va mostrando diferentes caras de la modernización ya que desde un punto evidencia que la ciudad estaba cambiando y transformando su entorno con avances apreciables; desde otro punto, dicho cambio no estaba exento de ineficacias criticadas desde la prensa como lo fueron la falta de presupuesto para mantener serenos, policía y la creación de un sentido de

seguridad en la población. Para fortalecer este argumento, el autor despliega un análisis del tema de higiene y sanidad pública, con el afán de mostrar una cara menos amable de la modernización al analizar el dificultoso despliegue del agua potable y el alcantarillado en Concepción. No obstante, pese a los problemas sostiene que dichas ineficacias más que hablar de una permanencia del pasado, nos hablan de problemas modernos: la falta de fiscalización y presupuesto.

Es destacable que al momento de analizar la modernidad material (hermoseamiento de plazas y jardines, tranvías públicos, entre otros) se detiene a considerar el ferrocarril, que desde la historiografía ha sido señalado como símbolo de la modernidad celebrada, pero que a partir de la cantidad considerable de accidentes presentes en la documentación de la intendencia, se desprende a modo hipotético que la población que vive cercana a las líneas férreas demora en considerar el cambio que dicho medio conlleva. En ello Marco León nos invita a estudiar los procesos de impacto y adaptación del ferrocarril en las comunidades rurales entendido como una dimensión cultural poco explorada que pone sobre la palestra las relaciones entre humano y máquina.

Dentro de este primer estudio, el autor se interesa por las identidades populares en sus dos modalidades de construcción: las asumidas y las atribuidas por otros (las elites), reconociendo la poca huella que deja el mundo popular en términos de fuentes y más aún aquellas que den cuenta de su postura frente al proceso modernizador. Para indagar en la identidad asumida, León se sumerge en las solicitudes de los sectores populares que apelan a la autoridad para pedir un retazo de tierra o denunciar algún atropello, sirviéndose con énfasis de su condición de pobreza, como argumento para favorecerse en algo del sistema administrativo. Dicha condición menesterosa habría sido pulida desde las solicitudes a medida avanza la centuria para alejarla de las negatividades que le atribuía la elite (desordenados, insalubres y peligrosos), quienes le adjudicaron prejuicios de clase raciales heredados del siglo anterior y potenciados por el positivismo, englobando a todos los sectores populares bajo una misma denominación general de pueblo, no distinguiendo entre obreros y gañanes. Sobre esto León hace una crítica a la historiografía en cuanto al uso generalizado de las conclusiones del trabajo de Luis Romero sobre las percepciones de la elite hacia los sectores populares, quien consideraba el paso de una etapa de paternalismo caritativo a otra caracterizada por el temor y la búsqueda de control. Frente a esto León concluye que para el caso penquista existe una convivencia de estas dos visiones en el periodo estudiado, el texto nos aporta el ejemplo de la mendicidad, por un lado vista como falta de civilización y atentado a la moral pública, por otro lado desde la autoridad surgen las licencias de mendicidad y el estatus de pobre de solemnidad reglamentando de alguna forma un espectáculo repugnante para la elites.

Frente al insistido modelo dual (ciudad civilizada y ciudad bárbara) León plantea que pese a que la prensa y la territorialización de los barrios reforzaba el modelo, ambos mundos convivieron y tuvieron espacios de interacción más allá de los límites simbólicos. Para argumentar esta idea analiza ejemplos concretos: La cárcel de Concepción, los conventillos y los garitos o locales de venta de alcohol. Sobre la primera evidencia que hasta entrado el siglo XX constituyó un espacio a una cuadra de la plaza de armas donde se protagonizaron reclusiones, visitas y hasta fugas de sujetos del mundo popular vistos como peligrosos para la ciudad civilizada. Los conventillos, trajeron la llamada "cuestión social" a la centralidad urbana por los problemas de hacinamiento e insalubridad, siendo puestos para el arriendo por extranjeros insertos en el comercio y la industrial local. Los garitos son

caracterizados desde la prensa, como lugares de vicios en donde el alcohol atrae a hombre mujeres y niños. Ante estos espacios en donde el mundo popular se infiltra en el centro de las elites, el autor sostiene que desde la prensa se exagera el juicio moral contra los sectores populares sosteniendo la triada: insalubres, viciosos y peligrosos, permitiendo a ambos sectores reconocerse y diferenciarse. En esta reflexión León se posiciona desde el prisma teórico de la otredad trabajado por Tzvetan Todorov, en la medida que el espacio urbano penquista permite las miradas entre un nosotros y los otros, es decir, como un sector de la población (elite) se representa a sí mismo a partir de determinadas características y representa a otros (sectores populares) que no comparten dichas características. Para matizar estas interacciones, Marco León resalta la curiosidad que dentro del mundo popular el proletariado urbano, asumió una identidad que recogió contenidos del discurso elitista; para apoyar este planteamiento se sumerge en la prensa obrera de la época sacando a la luz ejemplos en donde se hace presente los conceptos de civilización y progreso.

Como última subdivisión del primer macro apartado, el autor aborda la presencia del higienismo en Concepción primeramente como forma de mostrar una mirada crítica a los avances celebrados en la ciudad y luego como propuesta desde la ciencia y la preocupación de la autoridad estatal para intervenir los sectores populares en donde se veían más carencias higiénicas y morales que se debían corregir para prevenir y rechazar los fenómenos patológicos que afectaron a Concepción a finales del XIX. En esto es importante el análisis que realiza al papel de la sociedad médica de Concepción creada en 1887 ante la epidemia de cólera, con el motivo de compartir técnicas médicas para enfrentar las patologías y ofrecer una visión local de los problemas generales de salud individual y salubridad colectiva. Con esto se sumaba a la identidad atribuida al pobre, la dimensión de lo enfermo y lo sucio, es decir, se aumentaba el temor a ese “otro”, enemigo interno del proyecto elitista, en su posibilidad de contagiar enfermedades.

Una conclusión importante aportada dentro de este primer estudio es que a nivel del discurso y cultura hegemónica de la elite y la autoridad, para fines del siglo XIX el autor evidencia que se va distinguiendo al “pueblo” de “los rotos” y “los obreros”. En definitiva el proyecto progresista-civilizador en la práctica tuvo que convivir con una mayoría que teóricamente estaba fuera de los márgenes idóneos de la modernidad, más aún presentaba un peligro que se debía controlar. Pese a las críticas e ineficacias de los avances urbanos, León concluye que no se cuestionó la relación entre proceso modernizador y control social de los sectores populares para que consolidaran los avances.

En el segundo estudio sobre la “Capital del Sur”, el autor comienza haciendo un recorrido de como se ha planteado desde la historiografía el estudio del Estado en Chile, rescatando principalmente los virajes epistemológicos que se dieron en los años noventa favorecidos por el retorno a la democracia, lo cuales posibilitaron la comprensión del Estado como una construcción de individuos, con un carácter multidimensional en el que toma un papel la sociedad civil además de las autoridades. A esta postura epistémica, León le busca sumar el interés de estudiar el proceso de construcción y funcionamiento del Estado desde una vista regional, desmarcándose de las generalizaciones hechas por estudios localizados en Santiago y Valparaíso. Con esto se busca comprender los diferentes ritmos y apropiaciones de los proceso por parte de autoridades, instituciones y sociedad civil.

En el libro sobre la “Capital del sur”, se evidencia una crítica a los trabajos historiográficos que planetan un paso mecánico desde el Estado liberal guardián hasta el Estado asistencialista o benefactor, como ejemplo se menciona el trabajo de Enrique Fernández y Celina Tuozzo que plantean para el caso de Santiago, el año 1924 como punto de inflexión a partir del cual hay un desbordamiento de la realidad oligárquica por las dinámicas de otros grupos sociales que logran terminar con el monopolio del Estado. Para el caso penquista León evidencia que a finales del siglo XIX hay una notoria ausencia de la autoridad estatal al constatar las carencias en servicios urbanos y preocupación por viviendas en el mundo popular, haciéndose presente solo en casos que hubieran requerido represión; ello se entiende porque el Estado Liberal guardián no institucionalizaba lo social ni lo veía como una preocupación, es más toda la asistencia a los sectores populares se cubría por medio de lo que consideraba un favor: la filantropía y la beneficencia. El autor nos plantea que hasta la década de 1920 aún se mantenían muchas de las características del modelo oligárquico liberal guardián, solo que se evidenciará un cambio en su forma de intervención; si antes lo hacía de manera directa con la represión, ahora actuará desde la prevención y vigilancia de los individuos sospechosos de alterar el orden y desde la protección de los ciudadanos. Con esto el estudio evidencia que para el periodo estudiado se hace presente un Estado de Defensa social que aumentará sus funciones de vigilancia y protección manifestándose desde 1924 distintas iniciativas para centralizar y modernizar la fuerza policial y las medidas de control sobre individuos anormales. La influencia de la filosofía positivista en la época se plantea como clave para entender el prisma ideológico que establecerá lo normal de lo anormal y peligroso; en esto el texto de León nos aporta como en la realidad regional la ciencia comenzó a tornarse en una suerte de Iglesia de la modernidad.

Al establecer las relaciones entre Estado y pobreza este segundo estudio del libro presenta dos características adjudicadas desde el discurso estatal: la visión del pobre menesteroso, al que hay que proteger mediante instituciones de beneficencia y por otro lado, el pobre peligroso, que hay que controlar mediante vigilancia e identificación; a ninguno se les considera dentro de la participación social y política. Esta relación peligrosidad-pobreza es sustentada por el positivismo que indicaba supuestos caracteres primitivos heredados en los pobres, como ejemplo de la aplicación de esta idea el autor indica los arrestos por supuesta peligrosidad. Como ejemplos de la identificación, el texto nos aporta desde las fuentes cómo los cuerpos policiales en Concepción, recorrían los conventillos tomando notas de la cantidad de habitantes, condiciones higiénicas, y dimensiones de estos espacios.

Un análisis interesante el que realiza León sobre el Manicomio de Concepción, institucionalidad creada por orden del gobierno Central santiaguino con el propósito de servir de espacio provisorio para albergar dementes (enfermos crónicos) mientras se construía un manicomio nacional. No obstante, el texto nos comenta que pese al tenor planteado desde Santiago, la Intendencia de Concepción y la junta de Beneficencia que asumieron la administración de aquél espacio, no lo visualizaron como algo provisorio y apelaron a la autoridad central para aumentar el presupuesto y convertirlo en un espacio de carácter terapéutico, en donde se pueda albergar locos (enfermos posibles de curar). En ello León se hace la pregunta ¿por qué se quería a los locos y no a los dementes?, pretensión de la autoridad evidenciaba una jerarquización de las formas sociales

atribuidas a la marginalidad; los locos eran posibles de regenerar y a lo dementes se les tenía en el Asilo. En esta parte, el libro nos invita a analizar la figura del loco en relación al carácter adjudicado de peligrosidad. En este ejemplo, el libro nos deja ver como la Intendencia de Concepción fue mediadora entre la voluntad central santiaguina y la voluntad de las autoridades penquistas.

En cuanto a la policía tenemos otro aporte del matiz regional, ya que la historiografía para el caso de Santiago aporta que dicha institución jugó un papel clave en la vigilancia y orden. No obstante, para el caso penquista León analiza que solo jugó un papel auxiliar, ya que debido a sus ineficacias fue suplida por la Intendencia y la oficina del trabajo, esta última tomaba nota y sacaba estadísticas tanto de las condiciones de vida y trabajo de los sectores populares como del aumento de sus manifestaciones, huelgas y meetings que se miraban como alteraciones al orden interno.

Con lo aportado aquí podemos mencionar que la obra de Marco León contribuye a analizar las transformaciones sociales que mediaron las relaciones entre el Estado y el mundo urbano popular de la urbe penquista. En general podemos sintetizar que los argumentos críticos a una historiografía centralista que nos aporta la obra de León, nos permiten una reflexión que se está dando con fuerza en los últimos años: La necesidad de revisar las generalizaciones históricas construidas desde los estudios sobre las ciudades centrales de Chile, matizando la realidad local en sus dinámicas políticas, sociales, administrativas y culturales. Por otro lado, el libro propone fenómenos que se pueden ahondar aún más y presentan una propuesta interesante como la locura en Concepción, la cual fue vista desde la dimensión del control social, por lo que se podría preguntar uno por las causas y prejuicios socioculturales que delimitaban al loco. Además, desde una postura más crítica podría indicarse que hizo falta una caracterización de los sectores medios, más en una ciudad donde surgía el comercio y los servicios, no obstante, el estudio hace presente las peculiaridades de los sectores proletarios quienes como evidenciamos más arriba comenzaron a diferenciarse del resto de los sectores populares e incorporar algunos elementos del discurso de orden y progreso.

Carlos León Heredia
Estudiante de Licenciatura en Historia UdeC

José Antonio Castellanos López, *Quién fue quién en la Transición en Castilla-La Mancha (1977-1982)*. Toledo, Ediciones de la Universidad Castilla – La Mancha, 2014. ISBN 978-84-9044-118-3.

El libro que nos presenta el historiador español José Antonio Castellanos López, especialista en temas de historia política, es de aquellos trabajos que la historiografía agradece ya que nos proporciona un caudal de información dispersa en los archivos a través de un texto ordenado y claro. En lo formal, el texto es voluminoso. En sus 815 páginas se distribuyen de manera estructurada, entre otros: los objetivos y criterios de selección de la investigación, el contexto electoral del período, la metodología, modelos de las biografías y el material documental utilizado. Debe sumarse a ello los siempre útiles índices onomásticos y de tablas, lo que facilita al lector la búsqueda de información en un texto de esta magnitud.